

ALBERTO SAAVEDRA PELÁEZ

ALBERTO SAAVEDRA PELÁEZ (Oruro, 1913). Empleado bancario, ex-combatiente de la Guerra del Chaco y escritor. Sus experiencias como combatiente, como las de prisionero de guerra, evadido y de confinado, se hallan registradas con sencillez y franqueza en sus dos publicaciones: "BOQUERÓN - MEMORIAS DE UN SOLDADO" y "SANTO CORAZÓN - MEMORIAS DE UN EX-COMBATIENTE CONFINADO"; confinado precisamente a Santo Corazón, cerca a la frontera con el Brasil a raíz de un incidente con el entonces prefecto de Oruro, coronel Ovidio Quiroga.

Alberto Saavedra Peláez radica en la ciudad de Cochabamba, proyectando tal vez, nuevos relatos arrancados de su vasta experiencia, como el ejemplo que le publicamos a continuación: "Un romance", capítulo de su libro "Boquerón"



Un romance

Había frente al pozo donde estábamos trabajando un curso, o una clase donde estaban pasando clases unos 30 mitais (niños) con una profesora que nos llamaba la atención, por lo linda que era, joven, no muy alta de larga y rubia cabellera y de unos ojos celestes como el cielo. Un día en mis afanes de darle luz con el espejo al que estaba abajo, hice llegar la luz del espejo, hasta el fondo del curso donde estaba Delmira, (así se llamaba) explicando a los niños frente al pizarrón. Serían muy frecuentes las veces que llegaban los reflejos del espejo, pues un rato de ésos la vimos salir furiosa y de hecho me increpa diciéndome "boli huaycurú (indio) deje pues de molestar con ese espejo, que no me deja pasar clases...

Señorita, le contesté disculpe, no había notado que la molestaba, voy a tratar de que no se repita, teniendo más cuidado. Quedó absorta al oírme hablar correctamente el español, y como arrepintiéndose de haberme dicha huaycurú me contesta: pero usted habla correctamente el español. Yo pícaro le respondo. Si señorita hablo el español, quechua, aymara, inglés, francés y algo de alemán. Sonrió y se fue a su clase.

Su risa me cautivó, desde ese momento se generalizó entre ambas partes, un fuego graneado de miradas. Parecía que iba a haber romance, miradas que por lo que a mi respecta iban acompañadas de sonrisas, señas y otros proyectiles mortíferos que debían causar notables estragos en el enemigo. Un día tuve que hacer alto el fuego, porque apareció la directora del Colegio, que al final se hizo mi buena amiga y no cesaba de darme gracias por el trabajo que estábamos haciendo en la escuela. A la media hora se hacía el fuego más intenso y animado. Al día siguiente me animé a escribirle a la profesorita, tal vez obedeciendo a las señas que me hacía. una carta muy romántica y sentida porque me enamoré muy de veras. Me referí a sus lindos ojos azu-

les, a sus bellos cabellos, a su escultural cuerpo. La muy indiscreta mostró la carta a todas sus compañeras, y hasta a la directora. Las profesoras me miraban de reojo desde sus aulas y talvez no creían que, el huaycurú mal trajeado, fuese tan romántico. Lastimosamente terminó el trabajo del pozo. Instalamos una cañería y una bomba y la escuela General Díaz ya tenía agua. A los tres bolis nos hicieron una despedida en el jardín con asado, refrescos y chipás.

No terminó allí el romance ella le contó la relación a su madre y ésta sintió curiosidad de conocerme, al leer mis cartas.

Un día en el campamento Barrio Obrero al que volvimos, nos encontrábamos jugando al ajedrez con Alfredo Rea Nogales, y sentimos unos gritos del cabo de guardia que decía Samaclay... Samaclay nadie le hizo caso, porque sólo sabíamos que Samaclay era el nombre de un fortín paraguayo en el Chaco. Con este cabo nos conocimos días antes y me dijo: ¿tú no eres Samaclay?.

-No- le dije, yo apellido pues Saavedra. Este que días antes me conoció se había dicho que para recordar mi apellido se iba a acordar del fortín Saavedra y cuando me llamó se acordó del fortín Samaclay. Reímos con Alfredo el chiste y salí a la prevención. Me encontré con una muy simpática señora que acompañaba a Delmira. Las hicieron pasar a un cuartucho que había para la guardia y allí conversamos muy cordialmente. Me contó que había leído mis cartas dirigidas a su hija y que ella estaba muy enamorada. Le contesté que yo también estaba muy enamorado. No solo la música, sino también el amor, no tiene fronteras. Que pase esta maldita guerra me dijo y las cosas cambiarán. Se despidieron y al irse le di un beso en la mejilla a Selmira. Ilusión que ya se fue. Las cosas para mí cambiaron, gané un mote más, mis compañeros ya no me decían el Saavedra sino el Samaclay. Así ese bonito romance terminó.